EL JARDIN

PERIÓDICO LITERARIO

Tomo III Núm. 30.

29

LA EGLANTINA

I

Con sus diez y seis años, con sus sonrojadas mejillas, Clara es linda como una primavera al nacer. Se apoya de codos sobre la ventana baja de la casa de ladrillo, que se levanta aislada al borde del agua, entre las temblorosas ramas de lilas pobladas de pájaros y bañadas por el sol. No piensa, no sueña, no sigue con la mirada á la golondrina que vuela, que torna que desaparece; no escucha la corriente del río que se desliza.

Está allí, sin saber por qué, vagamente feliz en una inconciencia que sonríe. En la ventana y en medio del paisaje, sin darse cuenta, completa el cuadro, agregándole una gracia, un encanto, un esplendor más; ignora que es adorable y es necesaria al delicioso conjunto de la mañana de primavera, como la rosa ignora que se entre abre, como la brisa ignora que murmura En aquel rincón de la naturaleza, formado por el artista invisible que conbina los efectos de las auroras y las puestas del sol, completa, sin que nada la impulse ni se lo advierta, la belleza misteriosa.

De repente, mientras está asomada á la ventana, el viento le arrebata de sus cabellos una pequeña eglantina rosada, á la que esrá atada una cinta; lleva la flor, la deja caer en el río y se sonríe de su travesura. La eglantina con la cinta, que deja tras sí una fina estela, sigue la corriente del agua, entre los inclinados sauces y una pintada mariposa, posándose sobre de ella en un continuo aleteo, parte para un largo viaje.

II

Toda la noche, en una de las más pobres casas de la ciudad, un joven ha llorado, con los puños en las sienes, y apoyados los codos en una pequeña mesa de madera en donde hay algunas cartas esparcidas.

Las luces del alba que disipan las sombras del cielo no ahuyentan las tristezas de su corazón dolorido. El joven se levanta, va, viene, parándose á intevalos, ceñuda la frente, mordiéndose los labios. ¡Ella ya no le ama! Aquella encantadora niña, en quien él tenía cifradas todas sus alegrías, que le hacía olvidar las miserias de la vida, ha partido para no volver mas, ¡y ha partido con otro!—Después de tantas promesas tan llenas ¡ay! de ternuras; después de tantos besos embriagadores, jura á otro amor eterno y le ofrece sus labios humedecidos todavía por las recientes aventuras.

¡Oh, la infame! ¿Qué será ahora de él tan solo y sin esperanza? Las gentes ricas ó notables, que tienen los consuelos del lujo ó de la gloria, no deben sufrir tanto cuando los abandonan de repente aquellas á quienes adoraban.

Pero él pobre, desconocido, sin amigos ni familia, ¿Qué hará en las horas ociosas y cuál será el mañana que le haga perder el amargo recuerdo del adorable ayer? Cuando piensa que no volverá á verla, que no la oirá, que todo ha concluído por completo, que nunca tornarán á resonar sus pasos en aquella pobre estancia, donde con ella penetraban las delicias y todas las sonrisas; cuando piensa que ella no se despertará ya por la mañana, entreabriendo los labios, como se entreabre la rosa sobre la almohada de un angosto lecho, para siempre desierto, le asaltan los deseos de despedazar los muebles, de poner fuego á las cortinas y de morir bajo los escombros y las cenizas. Al menos no vivirá ni un intante más en la tan querida estancia.

Empuja la puerta y sale atravesando la ciudad, todavía dormida. Mira las celosías cerradas Golpea el suelo con el pie, se muerde los puños, se agita como el que huye. Llega á la orilla del río que, muy profundo, corre entre los inclinados sauces; pero ni el fresco rocío de la mañana, ni la alegría de las hierbas removidas por la corriente, ni el espacio iluminado por el sol, tranquilizan al pobre joven.

Medita por mucho tiempo con la vista fija en el agua. No puede separar sus miradas de la límpida superficie, plana como la losa de una tumba. ¡Morir! Este es el pensamiento que le asalta. ¡Sí, morir! Y ¿por qué no?—¿Qué hará de la vida ahora?

Todos los hombres son molos, todas las mujeres son perversas. Toda dicha tiene por hermana gemela á la desilusión. No es cierto que existan ternuras eternas y lazos jamás rotos. La felicidad que no ha de ser duradera, ¿vale la pena de ser deseada? ¡Para que sonreir si habrá que

mi hermanito, no creo que las haya recibido nadie en el mundo;— y refirió sin omitir ningún detalle su entrevista con María.

—¿Con que es decir,–rugió Josefina,– que la miserable mendiga todavía no se rinde? ¿Con que todavía está orgullosa? Pero triunfaré! Sigo contando con ustedes, amigas mías, y es preciso que en seguida pongamos en práctica el otro plan.

—Estamos á tus órdenes, —dijo Hortensia;—te hemos ofrecido nuestro concurso incondicionalmente y si quieres, ahora mismo podemos realizarlo.

—Si, ahora mismo, porque yo veo que *la señorita* es indomable,—repuso Josefina, pensando con rabia que en aquel momento estaban juntos Leopoldo y su aborrecida rival.

Y se dirigieron á casa de Madame Sans-Soucí.

A las seis de la tarde del día anterior, cuando María ya no estaba en el taller, habían llegado acompañadas de sus respectivas criadas, llevando cada una preciosos géneros de raso para que se les hicieran varios trajes que necesita

Una vez, al entrar en su casa se le acercó un *patojito* y le entregó una carta: ella quiso rechazarla, pero el muchacho salió corriendo, dejándola con la carta en la mano: iba ya á romperla, pero un sentimiento de curiosidad irresistible la impulsó á abrirla y leyó enrojecida por la ira y la vergüenza lo que sigue:

"Señorita María:

Está usted en la miseria porque quiere: otras que valen mucho menos que Ud., ocupan en la sociedad posición muy envidiable, sólo porque no son magigatas ni hurañas como usted, único defecto que usted tiene. ¡Qué lástima que tantos seductores atractivos y tantas gracias encantadoras que la adornan, los eche usted á perder con ese carácter tan esquivo con que ahuyenta á sus apasionados, que son muchos.

Si usted consiente en ser mía, cambiará por completo la situación de Ud: será usted rica y la envidiarán todas las que hoy la desprecian. Considere que su señora madre necesita cuidados

que usted no le puede proporcionar en la situación penosa en que se halla. Yo la quiero á usted con toda mi alma, y como amigo y apasionado de sus gracias, le doy este consejo. Sea usted mi querida, y no tendrá por qué arrepentirse.

Si consiente, lo que no dudo, porque la juzgo bastante racional para no tratar de salir con tanta facilidad como se le ofrece de la miseria, la espero mañana á las seis de la tarde en el Cerrito del Carmen, cerca de los pozos, frente al potrero.

Su apasionado y rendido admirador,

T. O."

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de María y surcaron quemando sus mejillas al acabar de leer aquel asqueroso anónimo, y haciéndolo mil pedazos, trémula de furor, exclamó:

—¡Miserable! ¡Era lo último que me faltaba para completar mi desgracia! ¡No me bastaba ser pobre; era necesario también que recibiera este ultraje! ¡Oh Josefina, Josefina, sea quien fuere el

semejante ofensa, yo hubiera sabido arrancarte la lengua miserable con que me has injuriado.

—No te sulfures tanto, mujer, no te sulfures, dijo Ema levantándose, porque veía en el descompuesto semblante de María que era muy capaz de realizar sus amenazas.—Tiempo tendrás de pensarlo, porque estas cosas no se deciden en un momento. Vaya, adiós, y no quedes enojoda conmigo: cuando te entre la calma y reflexiones, verás que te has exaltado sin motivo. No se avienen en este mundo la miseria con el orgullo. ¡Ja, ja, ja!

Y salió de la casa, sin que María pensase siquiera en acompañarla á la puerta.—Tomó la dirección del Cerro, donde Josefina, Hortensia y Teresa, acompañadas de Tomasito, la estaban esperando impacientes: momentos antes de que se acercara á ellas, había pasado por allí Leopoldo, que evidentemente se encaminaba á casa de María, y Josefina no pudo disimular su furor.

—Derrotada en toda la linea,—dijo Ema cuando estuvo cerca: — calabazas más estupendas que las que ha llevado

gio, los encierros casi diarios, los desprecios y tiranías de Josefina, la misma miseria en que se encontraba, nada valían ya á sus ojos delante de sus nuevos padecimientos.

Dominándose cuanto pudo y con voz ronca por la cólera contestó:

— Ni tú ni nadie en el mundo tienen derecho para insultarme; ni tú ni nadie me han visto jamás vendiendo mi honra por las calles. Vete, Ema; hazme favor de salir inmediatamente de mi casa: respeta mi desgracia que es honrada; y hazte cargo de que en medio de la miseria en que me ves, valgo más, mil veces más que tú y todos los que piensan como tú. Llévate tu oro, y dile á tu hermano que lo disfrute con las rameras y los libertinos de su especie; que mi desprecio por él es tan grande, como grande ha sido su cobardía en insultarme. Vete, te he dicho que te vayas: estás en mi casa y no puedo hacerte daño;pero siento que la paciencia se me acaba y no sé si podré contenerme mucho tiempo. Si en otro lugar me hubieras hecho

autor de esta infame carta, tú eres la principal causa de todo! ¡Maldita seas un millón de veces!

Y presa de una convulsión terrible, se arrojó en la cama y prorrumpió en amargo llanto.

Pocos días después, un domingo, recibió con gran sorpresa suya la visita de Ema, á quien no había visto desde su salida del colegio. Como recordarán nuestros lectores, Ema figuraba en el bando *josefinista*, y por consiguiente no había sido grande amiga de María; pero así y todo, ésta, que no era rencorosa, la recibió con verdadero placer.

—Este si que es un milagro,—dijo estrechándola en sus brazos,—digno de señalarlo con una raya en el agua. Qué grata sorpresa me das con tus vistas, y cuánto te la agradezco!

— ¡Ay hija! — repuso Ema, abanicándose con su pañuelo;—aunque una quisiera visitarte con frecuencia, no lo podría hacer, si vives en el quinto infierno. Muchas veces hemos querido con varias amigas venir á verte, pero

nos hemos obstenido de hacerlo, al sólo considerar la distancia que teníamos que recorrer.

— Verdaderamente vivo lejos,— dijo María resentida por aquellas palabras;— pero no está en mi mano remediarlo. Si yo pudiera, te aseguro que viviría en el centro de la ciudad, sólo por no privarme del gusto de ver á las personas de mi cariño.

—Pero no siempre se puede hacer lo que se quiere,—repuso Ema con entonación filosófica. En fin, paciencia y barajar, que el mundo marcha, como ha dicho no sé quién, creo que Castelar ó Víctor Hugo; y detrás de unos tiempos vienen otros. En fin, querida, no puedo perder mucho tiempo, porque tu casa está tan lejos, que sólo para regresar á la mía necesito dos horas: voy, pues, al grano; no me agradezcas la visita, porque hoy no vengo por mí, sino por cuenta de otro; otro día vendré sólo por el gusto de verte; hoy vengo de embajadora. Me envía mi hermano Tomás, que está perdidamente enamorado de tí, á hacerte proposiciones que no dudo aceptarás, porque, hija, es preciso ver

las cosas por el lado positivo y prescindir de sentimentalismos que, cuando no se tienen medios de fortuna, no pueden conducir más que al hambre. Tomás te quiere, te adora, es capaz de hacer por tí los imposibles: pone á tu disposición una fortuna entera, de la cual te manda una muestra que te suplica aceptes bondadosa, pidiéndote en cambio una cosa muy fácil de concederle: tu amor; que le permitas visitarte por las noches y que consientas en ser suya, como él será tuyo en cuerpo y alma hasta la muerte.

Y diciendo esto, con la sonrisa más zalamera que pudo encontrar en su repertorio de coqueterías cursis, porque era muy fea, alargó la mano presensentando á María un abultado paquete, no sin haberle roto una punta del papel que lo envolvía, para que se viera que contenía onzas de oro.

María estaba lívida: en la larga serie de desgracias que la habían afligido durante toda su vida, jamás había experimentado dolores iguales á los que estaba sufriendo desde la tarde del anónimo. Los azotes injustos del cole-

EL JARDIN

PUBLICACION SEMANAL

COLECCION ESCOGIDA DE POESIAS DE LOS MEJORES AUTORES

ESPAÑOLES Y AMERICANOS, ANTIGUOS Y MODERNOS

TOMO III. GUATEMALA, 24 DE JULIO DE 1910. NÚMERO 29

DIRECTOR
Manuel Cabral, hijo.
ADMINISTRADOR
Adolfo Gómez R.

MARUJA,

(POEMA)

Cerca de un pueblo, en la frondosa orilla
de caudaloso río que dilata
por ancha vega su raudal de plata,
y en medio de la paz franca y sencilla
con que nos brinda la apartada aldea
risueño albergue, entre el fo laje oscuro
de corpulentos árboles blanquea.
Alta y segura tapia le rodea,
que cierra y guarda como fuerte muro
el cultivado predio, en que derrama
pródigo Dios, sus dones paternales.
Allí de los naranjos y perales
cruje y se dobla la robusta rama
bajo el peso del fruto; allí la higuera
crece con vigoroso poderío,
cuelga la hojosa vid en la colina
y el sauce melancólico se inclina
sobre las aguas del profundo río.
Copudos olmos en la abierta hilera
le dan templada sombra entrelazando
su verde y abundosa cabellera,
que el viento mueve con susurro blando,
y mientras que la joven primavera
reparte por doquier hojas y flores,
ocultos en los árboles del huerto
ofrecen los esquivos risueñores
al alma triste, arrobador concierto.
En el suave declive de una loma
se divisa al través de la espesura
tan blanca como cándida paloma
que en medio del vergel repliega el ala,
un palacio de esbelta arquitectura.
Por la pared el heliotropo escala
las altas rejas esparciendo en torno
el aroma purísimo que exhala;
no lejos de la puerta de cristales
que al vestíbulo da, préstanle adorno
rojos tiestos de plantas tropicales,
y cubriendo el dintel la ardiente cepa
por las tejidas cañas y varales
que la sostienen, se retuerce y trepa.
Un grupo escultural, Venus que abraza
á Adonis moribundo, orna la fuente
que se destaca en el jardín ameno:
cae el claro raudal de taza en taza,
dando frescura al perfumado ambiente,
hasta el ancho pilón de peces lleno,
y por cauce profundo y escondido
sigue después murmurador y vago,
hasta perderse en trasparente lago
de pintorescas márgenes ceñido.
Del almo sol el vívido destello,
al traspasar el húmedo follaje
el manso lago á trechos abrillanta,
y airoso cisne de encarnado cuello
esponjando su nítido plumaje
por las dormidas aguas se adelanta.
—El sosegado albergue, la floresta
que la serena atmósfera perfuma,
los olmos que convidan á la siesta,
el lento río, el lago sin espuma,
todo suspende el ánimo y le encanta,
hasta la leve y azulada bruma
que en las distintas cumbres se levanta.

¿Quién, huyendo los pérfidos consejos
de la torpe ambición que al hombre acosa,
en esta augusta soledad la olvida,
y en tan grata mansión del mundo lejos,
en la quietud del campo deleitosa
deja correr sus horas sin medida,
semejante á la fuente rumorosa
que por el césped se desliza oculta?
¿Será alguna conciencia dolorida
por los rudos engaños de la vida
en calculada oscuridad sepulta?
¡Ah, no por cierto! En tan feliz asilo
vive el amor. Pero el amor tranquilo,
santo, inefable, emanación del cielo;
no la indócil pasión que se desboca,
que nunca sacia su infecundo anhelo
y envenena y corrompe cuanto toca.
No el ciego ardor que retronando pasa
como por el espacio la tormenta;
no el fuego voracísimo que abrasa,
sino la mansa lumbre que calienta.
¡La lumbre del hogar siempre bendita!
—Arbol que brevemente se marchita
es la vida mortal. Hoja tras hoja,
el huracán del mundo que le agita
de su rico ornamento le despoja,
y cuando seco y árido le deja
la tímida ilusión que en él habita,
tiende sus blancas alas y se aleja.
¡Feliz, feliz el árbol que á cubierto
de recios y continuos aquilones,
vive seguro en escondido huerto,
y hasta que rinde el natural tributo,
crece, sin que el furor de las pasiones,
le arrebate á destiempo hojas y fruto!
Más no solo el pesar ama el misterio;
no solo el corazón que sufre y gime
romper ansía el fiero cautiverio
con que la torpe multitud le oprime;
porque también en su expanción sublime
la dicha humana que tan poco dura,
busca en la soledad olvido y calma,
y es que en sus horas de mayor ventura
tiene tristezas íntimas el alma.
Apartados del fausto cortesano,
viven allí los condes de Viloria
en el reposo, del contento hermano;
que Dios premiando sus virtudes, quiso
á tanto amor anticipar la gloria
en aquel envidiable paraíso.
¡Cuán ricos de color y cuán veloces
corren para ambos los serenos días,
sin que su paz altere nube alguna!
Arranques de pasión supremos goces,
recuerdos de placer, tiernas porfías
que el bullicio del mundo no importuna,
llenan el raudo curso de sus horas,
y cien veces, al rayo de la luna,
sus pláticas de amor encantadoras
quiebra de pronto el ardoroso trueco
de ósculos y joviales carcajadas,
que por aquellas verdes enramadas
cansado está de repetir el eco.
No hay en aquel lugar sitio ni ruta
que no guarde en su rústica belleza
cuanto le es dable ambicionar á un hombre
dulcemente querido; cada gruta
un sueño realizado y la corteza
de cada tronco secular, un nombre
El de ella, el de él, que en trazos caprichosos
por do quiera que van graban é imprimen
y que imitando brazos amorosos
se buscan, y se enlazan, y se oprimen.
Mediaba á la sazón el mes de mayo
con su tibio calor. Atardecía.
El sol poniente con oblicuo rayo
la copa de los árboles hería,
y de sus tintas cárdenas y rojas
el trémulo vislumbre relucía
entre las ténues y movibles hojas.
¡Con qué hermosa tristeza muere el día!
Como en crónico enfermo, que presiente
cercano el fin, la luz de la esperanza
se dilata más viva y más ardiente,
así, á medida que la noche avanza,
es el aroma de la flor más suave,
más sonoro el murmullo de la fuente
y más sentido el cántico del ave.
La caricia del céfiro es tan blanda
como el beso de un niño, el soberano
disco del sol, al tramontar, se agranda,
palideciendo, el cielo se colora,
medita el triste, el corazón cristiano
se reconcentra en el misterio, y ora.
¡Oh, inescrutable y doloroso arcano!
para ser más sensible la partida,
irradía siempre en su postrer instante
con su más bello resplandor la vida.

Gozando de la expléndida hermosura
de aquel ocaso, la pareja amante
por los jardines discurría, en donde
aglomeró la conyugal ternura
todas las dichas de la tierra.—El conde,
ya acostumbrado al ocio de la aldea,
casi tendido en la mullida alfombra
de césped floreciente, un libro hojea,
y á pocos pasos, á la fresca sombra
de un gigantesco almez, nido de amores,
desde donde con grata melodía
de la postrera claridad del día
se despiden los pajaros cantores;
escuchando con vago arrobamiento
esas confusas voces interiores
con que nos adormece el sentimiento,
y junto al lago que ondulante brilla
del sol á las inciertas llamaradas,
su noble esposa está, con la sombrilla
trazando en las arenas de la orilla
signos, letras y cifras enlazadas.
Su airosísimo cuerpo la condesa
envuelve en blanco y vaporoso traje;
cubre su seno incitador, espesa
y nívea malla de ligero encaje
de donde arranca alabastrino cuello;
el aura leve de la tarde besa
una rosa prendida en su cabello
que cae en trenzas perfumado y blondo,
y en su mirada diáfana y serena
su corazón se ve como en el fondo
del limpio lago la menuda arena.
¡Ay! ¿en qué piensa absorta y distraída
mientras con mano indiferente raya
la húmeda tierra? El sueño de su vida
se desliza tranquilo; pero ¿acaso
hasta la misma dicha no desmaya
en medio del placer? ¿Habrá quien pueda
afirmar que en el fondo de su vaso
ninguna gota envenenada queda?
Dios la colmó de santas alegrías,
y con florido vínculo eslabona
el casto amor sus apacibles días;
no envidia, no aborrece, no ambiciona,
y olvidada del mundo, como un preso,
en su albergue escondido y solitario
es su pura conciencia un santuario,
su hogar una ilusión, su vida un beso.
Más ¡ay! que alguna vez, cual fugitiva
nube que busca al sol, su ánimo embarga
una opresión tan honda como activa,
y la invade en silencio el ansia amarga
de un deseo imposible.
De repente.
suspende el conde su lectura, observa
la abstracción de su esposa, y diligente,
como quien anda á caza de un descuido,
llega á su lado.—La esponjosa yerba
de su ligero paso embota el ruido.—
—¿Qué tiene su mujer? ¿Qué pena grave
atribula su espíritu? Lo ignora.
¿No pudiera una cifra delatora
de aquel enigma descubrir la clave?—
Pero ¡oh sorpresa! acércase y advierte
en la arena sutil su nombre escrito,
y su temor en gozo se convierte,
mientras ella, arrancada de esta suerte
á sus vagos ensueños, lanza un grito.
—¿Sientes placer en asustarme?—exclama
de su infundado miedo aún no repuesta
con afligida cólera la dama.—
—¡Vaya un gusto!—Perdona si indiscreto
he querido—su esposo le contesta—
sorprender tu secreto—¡Mi secreto!....
¿Le tengo acaso para tí?—Responde
la joven más calmada.—Mentiría
si dijese que no—replica el conde,—
—y llevo siempre la verdad por guía.
Como es tan suspicaz nada se esconde
á los cuidados del amor. ¡Ay Clara!
Tres años hace ya que al pie del ara
rendimos la cerviz al santo lazo:
y ha sido para mí tan corto el plazo
como si, todo entero, se encerrara
en el término breve de un abrazo.
¿Es, por ventura extraño, que en tu cara
descubra tus más íntimos antojos,
tu inquietud más secreta y contenida,
si las mejores horas de mi vida
paso, mi bien, mirándome en tus ojos?
Clara escuchaba á su entrañable dueño,
en deleitosa languidez sumida,
como se escuchan, á traves del sueño,
en el hondo silencio de la noche
las notas de acordada serenata.
Luego, en son de tiérnísimo reproche
él siguió con ardor:—¿Callas, ingrata?
La condesa mostrábase indecisa;
pero venciendo su emoción primera
prorrumpió al fin con descompuesta risa,
acaso más nerviosa que sincera,
y exclamó como en burla:—Vaya un tono
sentimental y trágico! Le excuso
porque mi propio amor habla en tu abono.
¿Tienes celos quizás?—No sé—repuso
animándose el conde.—porqué á veces,
cual si cediera el corazón sumiso
al ansia ineludible de un deseo
que no logras vencer, cuando pareces
más feliz y contenta, de improviso
la frente inclinas y en tus ojos veo
cuajada alguna lágrima indiscreta?
¿Porqué esa agitación latente y sorda,

cuyo orígen no sé, que no respeta,
ni la plácida paz de este retiro,
y que á menudo, á tu pesar desborda,
arrancando á tus penas un suspiro,
como un sollozo acusador?—El hecho
se niega á mi razón y temo y dudo....
¡Ah, ya no puedo más! Rómpase el nudo
que ata mi lengua y me comprime el pecho.
¿Por qué callas, por qué—
Casi señudo,
clavando su mirada escrutadora
en los ojos de Clara, que confusa
soporiaba el agravio de la queja,
la respuesta esperó; pues ¿quien rehusa
fácil alivio al corazón que implora
cuando puede mandar? Quedó perpleja
breves instantes, ruboroso fuego
tiñó su faz, y palpitó en sus labios
talvez su confesión, talvez un ruego
que espiró sin nacer. Pero de sabios
es mudar de opinión. Dominó luego
el generoso impulso que sentía
y prorrumpió mostrándose enojada:
—Pesado estás, Enrique, ¿Hay tal manía?
Ni sé, ni oculto, ni sucede nada.—
En el fondo del pecho, en lo más vivo
del alma, donde el golpe que se asesta
siempre es mortal, el conde trastornado
sintió el acre dolor de la respuesta.
Como traspasa rayo fugitivo
el seno tenebroso de un nublado,
así la suspicacia, envuelta en ira,
iluminó su frente borrascosa,
y la frase brutal—¡eso es mentira!—
retorcióse en su boca temblorosa
más no brotó. Con ojos perspicaces
notó la incertidubre de su esposa,
y exclamó reprimiéndose:—¡Mal haces,
mal haces en negar á quien te ruega
lleno de amor, la excusa que le debes! —
¡Aún el recuerdo del pasado jueves
me persigue tenaz! La fértil vega
que esponjaban los céfiros de mayo,
reverdecía con pujante brío,
y bendiciendo á Dios, como el que acaba
de salir de intensísimo desmayo,
la luz, el campo, la arboleda, el río,
la balsámisa brisa, todo estaba
alegre, menos tú. Me propusiste,
tal vez para alivir tu propio hastío,
una excursión á la vecina sierra.
Cedí: tu aspecto resignado y triste
vencióme y emprendimos la jornada
con lo fuerza del sol. Tú, distraída,
extraña á los rumores de la tierra,
dejabas caminar suelta la brida,
al dócil potro, mustia y fatigada:
y yo á tu lado, sin hablar contigo
marchaba absorto, á tu abstracción creciente
buscando sin cesar causa ó pretesto.
¡Sabe Dios, á quien tomo por testigo,
que no cruzó ni un punto por mi mente
nada contrario á tí!—Y al decir esto
miraba á su mujer severo y grave.
Escuchábale Clara con la frente
baja y el aire al parecer sereno,
si bien un soplo imperceptible y suave
levantaba el encaje de su seno —
—Porque no es desamor ¿verdad bien mío?
no es desamor la pena que te aflije.
Quizás cansada ya ve con desvío
en tan continua soledad,—me dije—
nuestro largo y monótono reposo.—
Y con esta inquietud dentro del pecho
en silencio seguimos largo trecho,
desanimada tú, yo cabiloso.—
Ya en terreno difícil y escabroso,
—el conde prosiguió,—donde el camino
por entre peñas y malezas sube,
en despoblado á sorprendernos vino
de las cimas bajando, oscura nube.
Aquel agrio lugar donde prospera
en libertad la enmarañada broza,
es tan salvaje y solo, que pudiera
servir quizás de ascético destierro
á algún humilde y santo cenobita.
No hallamos ni el refugio de una choza.
Unicamente sobre estéril cerro
divisamos, no lejos, una ermita.
Pero ¿cómo trepar á aquella altura?
Por fin tras mil esfuerzos y cuidados,
nos sacaron con bien de la aventura
nuestros ágiles potros, avezados
á caminar por trochas y montañas,
y llegamos al templo de María
cuando la nube cubriendo sus entrañas
en lluvia torrencial se deshacía.
La santa Virgen nos prestó su ayuda
y entramos en la ermita-añadió el conde
más conmovido cada vez —Tú, muda,
te prosternaste ante el altar de hinojos.—
¡Es menester que sin piedad ahonde
en los negros abismos de mi duda
aún cuando estalle el corazón¡ Los ojos
casi llenos de lágrimas pusiste
en la divina imagen, y á mi oído
llegó tu voz debilitada y triste,
como el eco lejano de un gemido.
¡Ay! más desalentado que ofendido,
me pregunté confuso:—¿Por qué trata
á quien tan solo para amarla existe,
con tan injusta prevención la ingrata?
¿Quién causa su profundo desconsuelo
que por injuria á mi cariño tomo?

Hirióme el alma punzador recelo,
y vacilé desconcertado, como
si sobre mí se desplomara el cielo.—
Era en el conde la emoción tan viva,
que su queja expiró como un murmullo
imperceptible, sin sentido, vago.
La ilustre dama le escuchaba altiva,
y en pertinaz batalla con su orgullo,
ni una palabra pronunció siquiera,
para calmar las dudas de su esposo,
que á un tiempo enternecido y receloso
trémulo prosiguió:—Cesó la lluvia,
y al través de la rústica vidriera
cercó de pronto tu cabeza rubia
tibio rayo del sol, como si fuera
el nimbo de una santa. ¡Oh, cuán hermosa,
ante aquel pobre altar arrodillada
te ví, clavando con filial ternura
en la reina del cielo tu mirada!
Sentí como una réfaga piadosa
que disipaba mi moral tristeza,
y una voz que bajando de la altura
parecía decir:—¡Quien así reza
es fiel esposa, es inocente, es pura!—
Clara no pudo más. Bajo el hechizo
de aquella blanda queja adolorida,
su tenaz resistencia se deshizo
cual témpano de hielo que liquida
el sol primaveral —Pues bien confieso,
¿á qué ocultarlo?—suspiró llorosa,—
que un afán imposible, con su peso
mi paz conturba y sin cesar me oprime.—
—Oh!—clamó el conde impacientado:—¡dime:
dime, ángel mío, el ansia que te acosa!
¿Quién como yo, calmártela podría?—
—De mi amor has dudado, y te castigo.
¡Hoy, no! Mañana al despertar el día,
—respondió Clara—volverás conmigo
á la escondida ermita de la sierra,
donde los dos con la rodilla en tierra,
elevando las almas á María
y teniendo su imagen por testigo,
haremos mutua confesión . . . . ¡Ingrato!
Entonces, cuando sepas mi secreto,
lamentarás tu culpa y tu arrebato.
—¿Y mañana hablarás?—¡Te lo prometo!—
—¿No pudieras hoy mismo...? —¡Punto en boca!
exclamó la condesa jovialmente:
—y puesto que vengarme determino,
callar por hoy y obedecer te toca —
Iba el conde á insistir; más de repente,
suceso extraño á interrumpirle vino.
Por el sendero enarenado y raso
que en caprichosa ondulación se aleja
de aquel risueño edén hacia la entrada,
se iba acercando con ligero paso
un guarda, con luciendo de la oreja
á una niña nerviosa y asustada.
como avecilla en manos infantiles.
No el leve paso de sus ocho abriles
rendía su vigor; pero agitada,
seguía la infeliz á la carrera,
dando al viento su crespa cabellera,
de su aprehensor la marcha acelerada,
cual tomo que arrebata la corriente
va envuelto en el turbión.—Pierde cuidado,—
iba diciendo el rústico impaciente,
—Pues yo haré ¡vive Dios! que no te metas
otra vez, destrozándome el vallado,
á robar flores y romper macetas.
¡No volverás á tus antiguas mañas!—
—¡Perdón!—gimió la niña en su extravío,
con el llanto cuajado en sus pestañas
como en la flor las gotas de rocío,
y con acento desmayado y triste,
semejante al balido de la oveja
que al sacrificio va.—¡Por fin caiste!—
dijo el guarda, cebándose en la oreja
más roja que el carmín.—Pero descuida
que llevarás el merecido pago.—
Por el rumor creciente sorprendida
salió de pronto la feliz pareja
de las frondosas márgenes del lago,
y marchando al encuentro del severo
y arriscado guardián:—¡Hola! ¡García!
el conde preguntó:—¡Porqué tan fiero
contra esa pobre estás?—Perdone usía,—
contestóle, quitándose el sombrero
en actitud humilde.—Esta mozuela
se coló en el jardín, no sé por dónde,
y ha causado más daños que una nube.—
—¡Bravo—exclamó sin alterarse el conde:
—¿Y es eso lo que aprendes en la escuela?—
—A tiempo—siguió el viejo—la detuve,
porque si tardo más, llevaba traza
de acabar con el huerto la chiquilla.—
Aproximóse el conde á la rapaza
Y acariciando la infantil mejilla,
dijo con blando y apacible tono:
—¿Serás buena, es verdad?—Sí, seré buena.—
la culpada exclamó de angustias llena.
—¡Pues anda!—contestóla.—Te perdono.
—¡Ah, la perdona!— de paciencia falto
gruñó García.—Si el señor la trata
con tanto mimo, en su segundo asalto
deja la posesión sin una mata.
—No tendré compasión si otra vez peca
—dijo el conde riendo:—Pero ahora
¿qué podemos hacer de esa muñeca
más chica que el dedal de tu señora?—
—¡Qué—respondiole el guarda en un arranque
de bárbara energía:—¡Casi nada!
Darle un buen remojón en el estanque.—

—¡Jesús, qué atrocidad!—gritó indignada
la dama.—Si tal haces te despido!—
Maltratar á una pobre criatura!—
Prestando á todo prespicaz oído,
ya de la ansiada impunidad segura,
la niña estaba con los ojos bajos
y el picaresco rostro compungido.
Tosca saya de míseros andrajos
sus delicadas formas envolvía,
como el capullo á la naciente rosa,
y animada su cara maliciosa,
tostada por el sol de Andalucía,
con inocente y vivo centelleo
su mirada leal, que todavía
no inflamó el odio ni enturbió el deseo.
¡Oh, cuán gentil con las sencillas galas
que piadosa le dió naturaleza,
parecía aquel ángel cautivado!
Más negro y más lustroso que las alas
del cuervo, relucía en su cabeza
el rebelde cabello enmarañado
y en su labio entreabierto y encendido
bullían, retozones y traviesos,
prontos como los pájaros de un nido
á escapar en tropel, risas y besos,
Fijó la dama su atención en ella,
y al través de la saya de mendiga,
rasgada y sucia, la encontró tan bella
que exclamó sin pensar:—¡Dios te bendiga!—
Un sentimiento irresistible y tierno
gana su corazón, siente que el llanto
sube á sus ojos, como el fuego interno
al cráter de un volcán. ¿Quién el encanto
resiste de aquel rostro peregrino?—
Cediendo á un movimiento repentino
corre á su lado, estática se queda
contemplando en silencio á la rapaza,
y una caricia compasiva enlaza
el vil harapo á la opulenta seda.
Bien conoció la niña que tenía
dominada á su joven protectora,
y radió su semblante de alegría.
La condesa con voz halagadora
—¿Cómo te llamas?—preguntó—¡Maruja!—
contestó la chicuela alegremente,
alzando el rostro interesante y bello.
—¡Si estás más despeinada que una bruja!—
dijo Clara, atusándola el cabello
y apartando las greñas de su frente,
que apareció tan plácida y serena
como noche estival.—¡Es muy gallarda!—
siguió, buscando el parecer del conde,
testigo complaciente de la escena.
Y luego, vuelta hacia Maruja—¿En dónde
vives—la preguntó.—Cortando el guarda
la plática sabrosa, avanzó y dijo:
—¿En dónde ha de vivir esa bigarda?
Talvez en el pajar de algún cortijo
ó en medio de una tropa de gitanos—
Clara miróle desabrida y seca
y exclamó interrumpiéndolo:—¿Qué es esto?
Todos, señor Andrés, somos hermanos.—
Quedó el guarda confuso y descompuesto
y Marujilla con maligna mueca,
prorrumpió restregándose la manos:
—¡Rabia, rabia, gruñón! ¡Um! te detesto!—
¡Por Dios que estaba hermosa! Era su gesto
tan petulante y vivo, su mirada
tan maliciosa, y su rencor tan justo,
que Clara, el conde, y hasta el viejo adusto,
soltaron á la vez la carcajada.
—¡Miren la atrevidilla! y lo que sabe!—
la señora exclamó, como asustada.
—¡Un arapiezo que á sus anchas cabe
debajo de una criba, tal descaro!....
Tus padres lo sabrán, y ten por cierto
que no te irás sin la debida riña.
—¡Cá! no me reñirán—dijo la niña
con dolorosa ingenuidad—Han muerto!....
—¡Pobre alma mía! ¡Tan pequeña y sola!—
gritó Clara, y cogiéndola del brazo
movida á santa compasión, sentóla
con solícito afán en su regazo.
La picaruela envanecida y muda
se unió á la dama en apretado abrazo,
y en su memoria revivió sin duda,
el amor del hogar, ese cariño
que es, de ternuras inefables lleno,
más que la leche del materno seno
fortificante y sano para el niño.
Extraña mezcla de placer y asombro
el semblante expresó de la inocente,
que con lánguida calma sobre el hombro
de la condesa reclinó la frente,
sin atreverse á respirar apenas,
por no turbar su interno regocijo,
hasta que Clara al contemplarla, dijo
con dulce acento:—Cuéntame tus penas.—
Y en esa charla interminable y rota
como niebla deshecha por el viento,
en que cada palabra es una nota
que llega al corazón, no al pensamiento;
charla con que la infancia nos domina
y muere con la edad cuando se eleva
dentro del alma la primera espina,
dió principio la huérfana á su historia
como gorjea el risueñor su canto;
más cuando los sucesos que evocaba
iban cobrando vida en su memoria,
pintábase en sus ojos el espanto.
Como entre sueños recordó el molino
en donde vió del sol la luz primera,
el cauce bullicioso y cristalino,
el huerto ameno y la feliz ribera
por donde alegre entre el ramaje espeso
suelta como una cabra triscadora,

buscaba la silvestre zarzamorra
y el higo chumbo en sus espinas preso,
hasta que á punto de espirar el día,
cansada ya, bajo el amante beso
de su indulgente madre se dormía.—
Luego habló de la noche pavorosa,
de perpétua tristeza para España
en que la tierra, como mar furiosa,
hizo temblar el llano y la montaña,
—Para auyentar del enemigo impuro
las asechanzas pérfidas, rezando
Maruja estaba en su caliente lecho,
aquella noche memorable, cuando
sintió azorada vacilar el muro,
crugir las vigas, desplomarse el techo
y á impulsos del tremendo cataclismo
su albergue paternal rodar deshecho,
como piedra que cae en el abismo.
¿Quién le arrancó á la muerte en aquel día?
Sus hermnos, los ángeles Desnuda,
de su perdido hogar, que engrandecía
aquella soledad agreste y muda,
la pobre niña percibió un sollozo,
ronco, desgarrador. ¡Era el lamento
de su mísera madre en la agonía!
Confusa, atribulada, sin aliento.
haciendo sin cesar esfuerzos vanos
para mover las vigas con sus hombros,
y ahondando con tal ansia en los escombros
que saltaba la sangre de sus manos.
—¡Madre, madre!—gritaba respondiendo
á la estertórea voz desesperada
que en lenta gradación se iba perdiendo
en el silencio eterno de la nada.—
¿Dónde dolor tan lúgubre y sombrío
como el de aquella débil criatura,
por la fiera catástofe entregada
de la lóbrega noche á la pavura,
que con ávido afán é inútil brío,
arañaba la tierra estremecida,
temblando de terror, yerta de frío
y en la implacable soledad perdida?
¿En dónde mayor lástima?—A medida
que avanzaba el relato, la condesa
iba sintiendo el alma enternecida
de mil contrarias emociones presa.
Hasta que al fin su angustia contenida
de súbito estalló, como la roca
que al romper un volcán, salta en pedazos,
y con los arrebatos de una loca
al escuchar tan trágicos sucesos,
estrechó á la infeliz entre sus brazos
cubriéndola de lágrimas y besos
No menos conmovido, ante una escena
á un tiempo tan patética y sencilla,
lloraba el conde, ahogándose de pena.
Y el guarda mismo, antiguo veterano,
refunfuñaba:—¡Diablo de chiquilla!—
limpiando con el dorso de la mano
el llanto que surcando su mejilla
iba á emboscarse en su bigote cano,
De pronto alzó la compasiva dama,
turbando aquel silencio doloroso
su faz iluminada por la llama
de santa inspiración, miró á su esposo
al través de las lágrimas, y luego
con acento insinuante y persuativo,
—¿Quieres saber—le preguntó —el motivo
de mi amargo y tenaz desasosiego?
¿Lo que pedía, ante el altar postrada,
con entrañable y fervoroso ruego
á la Madre de Dios idolatrada?
Pues como el más preciado de los bienes
le demandaba en mi aflicción un hijo.
¿Ves? Y la Virgen me lo otorga.—Dijo
empujando á la niña,—¡Aquí le tienes?—
Convulso el conde y con febril anhelo
besándola, exclamó:—¡Bendita sea!
Yo la recibo como don del cielo.—
¡Oh, momento solemne! La campana
de la ruinosa torre de la aldea
llamaba á la oración: la noche oscura
avanzando imponente y soberana,
su negra y estrellada colgadura
por el inmenso espacio descogía;
y entre el rumor de la arboleda umbría,
en medio de su calma solitaria,
subiendo al cielo en los alados sones
del bronce de la iglesia y confundidos
en la piadosa y mística plegaria,
que alza la tierra al extinguirse el día,
como notas de un arpa los latidos
de aquellos generosos corazones
vibraban repitiendo:—¡Ave María!
¡Consuelo de los tristes y afligidos!

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

RECUERDOS

Yo no canto la belleza
De tu faz linda y graciosa
Donde juegan de la rosa
Los colores y el jazmín,
Que no tengo del poeta
La dulcísma armonía
Ni la blanda melodía
Del precioso colorín.

De tus bosques yo cantara
Los laureles y palmeras
Y las mágicas riberas
De las fuentes de cristal.
Tus primeras ilusiones
Revivieran en tu mente
Y estamparas en mi frente
Dulce labio de coral.

Recordarás con orgullo
Que al rendirme de rodillas,
Encendidas tus mejillas
Ví dos lágrimas correr.
Bellas lágrimas vertidas
Del amor del alma pura;
Dón precioso de ternura
Concedido á la mujer.

Yo no canto, porque débil
Es mi voz; y si cantara
Para tí, necesitara
De la voz del querubín,
De la lira del poeta
Con su fuego y armonía,
Y la dulce melodía
Del turpial y el colorín.

B. TORRES TORRENTE.

DE COMO HAGO YO MIS DRAMAS

Escojo una *pasión*, tomo una *idea*,
un problema, un carácter y lo infundo,
cual densa dinamita, en lo profundo
de un *personaje* que mi mente crea.

La *trama* al personaje le rodea
de unos cuantos *muñecos*, que en el mundo
ó se revuelcan en el cieno inmundo,
ó se calientan á la luz febea

La mecha enciendo: el fuego se propaga;
el cartucho revienta sin remedio,
y el *actor principal* es quien lo paga.

Aunque á veces también en este asedio
que al Arte pongo y que al instinto halaga,
me coge la explosión de medio á medio.

JOSÉ ECHEGARAY.

DESPUES DE LA LLUVIA

Se abrió tu mano y descendió el rocío:
¡Gracias, oh Dios, mil veces!
¿Dudará ya de tí ciego el impío,
De tí, que provisor el bien ofrece?

Borró de la aridez la infausta huella
Cayendo el agua pura:
La abundancia vendrá; vendrá con ella
El consuelo, y la paz y la ventura.

Huyan del corazón negros temores,
Renazca la esperanza,
Que su manto de frutos y de flores
Ya nos muestra la tierra en lontananza.

Ya sin verdor el toro enflaquecido
No hallará los oteros,
Ni gemirás con lánguido balido
Tras sus hambrientas madres los corderos.

Del hondo valle en la tupida alfombra
Miel tendrán las abejas,
Y nido encontrará de grata sombra
El ruiseñor donde exhalar sus quejas.

Para todos el bien. Del rico Mayo
Vendrán auras amigas,
Que agitarán en plácido desmayo
Con armónico son mares de espigas.

Brindarán en Octubre su tesoro
Olivos seculares,
Llenas las trojes se verán de oro,
Colmados de racimos los lagares.

Señor, el velo de tristeza y luto,
Que al mundo oscurecía,
Cual niebla dicipóse, y en tributo
Himnos de amor la humanidad te envía.

Que aun el que osado tu grandeza niega
Y á tí su faz no alza,
En el noble placer á que se entrega
Tu providencia, á su pesar, ensalza,

Ostenta su poder el bosque umbrío,
Y ora dulces, ya graves,
Te aclaman la floresta, el aura, el río,
Los insectos, las fieras y las aves.

Al coro universal, fieles juntemos
Nuestro sentido canto,
Y con profunda gratitud clamemos:
«¡Gloria, gloria al Criador, tres veces santo!»

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.

llorar! ¡Ah! ¡Esa vida es espantosa, y cuánto mejor es la muerte! No cree ya en las tiernas palabras; detesta los apretones de mano bajo las enramadas de noche, maldice los besos de todos los labios. Ya no vacila: ¡morirá! Si, allí, en las profundidades del agua, hallará eterno reposo, y el olvido de las traiciones y los recuerdos. ¡Cuán grato debe ser dormir sin malos sueños! Justamente la hora es propicia.

Está solo junto á la ribera. Se inclna después de un sacudimiento de hombros como despreciando la vida, se inclina una vez más; va á lanzarse en el cristalino río, acariciado por la luz en la verde tumba, iluminada por los rayos del sol. Pero ¿qué es aquello que ve allí, á flor de agua, cerca de él? Es una eglantina, á la cual se anuda una cinta rosada que deja fina estela, y sobre ella una mariposa que viaja en un continuo sacudimiento de alas.

III

No se ha arrojado al agua. Ha cogido la flor á su paso, la fior y la cinta, y ahora se encamina á lo largo del río, mirando la englantina con melancolía. ¿Por qué? No lo sabe; la contempla y á veces la besa.

¿De dónde puede venir esa flor? ¿De qué cabeza, de qué talle ha caído? A él le parece que ha estado allí expresamente para recordarle que la vida no es tan amarga, y que el hombre no debe, por razón de una picadura en el dedo ó en el corazón dejarse abatir por las rosas ó por las mujeres. No se ha atrevido á morir en el agua por donde ella pasaba. Pero este enternecimiento dura poco. Rehusa la idea de vivir. La ira y las angustias le asaltan con más violencia. Aquella flor miente como las bocas. Y con un gesto que dice adiós á todas las miserias, á todos los perjurios, á todas las desesperaciones, se inclina de nuevo hacia el río. Está completamente resuelto. Ahora nada le detiene. Va á lanzarse ya.

—¡Ah, mi flor y mi cinta! dice una vocesita parecida á una nota lanzada por un pajarillo.

El joven rotrocede, ve en la ventana baja de una casa de ladrillo, entre la espesura de grandes lilas, reclinada una niña linda como la primavera, con sus diez y seis años, rubia la cabeza, frescas y sonrosadas las mejillas.

—¿Esta flor es vuestra, señorita?

Y porque al devolvérsela ha rosado con su mano los temblorosos dedos de la doncella, siente que su corazón sigue la flor y se posa sobre ella, en un extremecimiento, como una mariposa que parte para un largo viaje.

CÁTULLE MENDÉS.

EL BOSQUE DE LOS SIETE PELIGROS

CUENTO POPULAR

—¡Lolita!... ¡Consuelo!.... Venid acá, que tengo para vosotras un cuento como una lechuga. Sentaditas, que es muy largo: y sin interrumpirme, porque si no sería el cuento de nunca acabar.

"Pues señor, érase que se era el castillo de *Chuchurumbelo*, de donde no se ve ni tierra ni cielo.

Y era un castillo grande, grande, y muy obscuro; por que como no tenía puertas ni ventanas, no recibía en sus habitaciones la luz del sol.

Dentro del castillo estaba la niña Margarita más muerta que viva, porque no podía ver, ni oír, ni comer, ni beber cosa ninguna.

Y nadie sabía que la niña Margarita estuviese encerrada en el castillo de *Chuchurumbelo*, sino un señor muy poderoso que se llamaba el señor de los cuatro reinos.

Un día el *señor de los cuatro reinos*, vió allá lejos, muy lejos, el castillo de *Chuchurumbelo*, y se acordó de la niña Margarita.

—Que me la saquen inmediatamente de aquel castillo tan obscuro.

Como el *señor de los cuatro reinos* era tan poderoso, la niña Margarita se encontró, como si despertara de un sueño, fuera del castillo de *Chuchurumbelo*. y sentadita sobre una piedra á la entrada del valle. Entonces vió la luz y el cielo y el sol, y allá á la cumbre de un monte alto, alto que casi tocaba al cielo, una ciudad muy hermosa que parecía de oro y de marfil..

—Qué haré... qué diré... ¡Si pudiese subir á aquella ciudad tan hermosa!

Vió venir una paloma que llevaba en el pico un anillo de siete brillantes.

—¡Palomita! ¡palomita!

—¿Qué me quieres. Margarita?

— Por dónde se vá á la ciudad de oro y de marfil?

—Has de pasar por este bosque que tienes á la vista, que es el bosque de los siete peligros.

—¡Ay! no: me dá mucho miedo.

—Anda, no se seas boba. El *señor de los cuatro reinos* te aguarda allá arriba.

—¿Y quién es este señor?

—El que te sacó del castillo de *Chuchurumbelo* y te envía este anillo.. ¡Toma!

La paloma abrió el pico, y el anillo de siete brillantes quedó ensartado en el dedo de la niña Margarita como para ella sola.

—Ahora, Margarita mía. oye bien lo quo voy á decir: *No has de sentarte, ni retroceder; cuando encuentres algún obstáculo pide ayuda á este anillo.* Adiós.

La pobre niña se quedó con la palabra en los labios, porque la paloma se había echado á volar.

Sola, solita con su anillo, la niña, Margarita tomó el camino y se metió en el bosque de los siete peligros.

¡Un silencio!... ¡Una soledad!... La niña Margarita sentía que las piernas le temblaban y estuvo ya para volverse atrás, pero se acordó del *Señor de los cuatro reinos* y prosiguió la marcha.

Anda, anda por medio del bosque, y no veía á nadie, hasta que al dar la vuelta en un recodo se encontró con un gran palacio encantado.

La puerta estaba guardada por un gigante que tenía el codo apoyado en el tejado, y la cabeza apoyada sobre la mano como si estuviese durmiendo:

La niña Margarita se quedó clavada de terror en medio del cambio. Se acordó del anillo.

—Anillo de siete piedras, aquí me has de ayudar.

Apenas había dicho estas palabras, ¡plim! salta uno de los siete brillantes que se cayó en el suelo.

—¡Ay triste! que se me perdió.

Al inclinarse para buscarlo, el brillante se había convertido en una doncella pequeñita, pequeñita. La niña se quedó pasmada.

—¿Qué me quieres, Margarita?

—Quiero ir á la ciudad de oro y de marfil para ver al *Señor de los cuatro reinos*, pero este gigante no me dejará pasar.

—Dame la mano y no temas.

Las dos pasaron callandito tan cerca del gigante, que extendiendo la mano podían haber tocado su tobillo.

El gigante continuó durmiendo la siesta de pie, porque es fama que nunca quería echarse por no parecer pequeño.

Entraron en el palacio, porque no había otro camino que el que le atravesaba por medio, y como los muros eran de cristal, la niña Margarita. mujer, empezó á curiosear lo que había dentro de las habitaciones, sin soltar la mano de la doncellita.

(Continuará.)